

## REPARTO DE PROVISIONES

EL MOVIMIENTO, en Chillán, es muy intenso; muchos aeroplanos que conducen provisiones o personas, vuelan rasando lo que fué la ciudad; camiones del Seguro Obligatorio aparecen cargados de alimentos. También están allí los carros del Ministerio de Fomento, cuyo Ministro señor Biatchi, ha recorrido toda la zona. Carros de la Cruz Roja, Asistencia Pública, camiones de todas las procedencias y de todas las estructuras, recorren las calles y parten a cada minuto en distintas direcciones; hay que alimentar una vasta zona que no tiene medios de valerse a sí misma. Autos con heridos corren hacia el Hospital, otros traen gente de diversos sitios; el concierto de claxons es terrible: sacude los nervios, demuestra que la vida sigue. También cantan las sirenas de los carros que conducen a nte al cementerio, donde unos sufridos trabajadores, ya habituados a la muerte, laboran febrilmente con el hondo desco de que esa faena termine.

Personas de toda condición social acuden a las plazas donde se reparten alimentos. Al principio hubo desconcierto. Se dice que algunos ventajeros lograban, colocándose a la cola, más de una vez, conseguir mayor cantidad de provisiones; en cambio, las gentes tímidas o más abatidas nada alcanzaban.

En los días que siguieron al siniestro, el asunto del reparto de comestibles fué un verdadero acertijo. Poco a poco se fué normalizando; la labor fué impropia. Hubo que recurrir a órdenes terminantes, podría decirse violentas; no habla otro remedio. Ahora con el sistema de tarjetas de subsistencias, unidas a los registros, la cuestión marcha en buena forma.

Se tomó la resolución de no dejar entrar a nadie que fuera a aumentar la confusión y a "comerse lo poco que había". Para llegar a la zona costaba mucho trabajo.

La voz que siempre habla, dice que se están observando privilegios, que a las personas que tienen fortuna les dan mayor ración y que, a los proletarios, químicamente puros, los dejan mirando.

Otros protestan de la restricción de la bendita. Aquí, a pesar de la mansedumbre increíble del pueblo, se protesta por todo.

—Era necesario, señor, digo a un protestador, que el Comandante de la Plaza obrara reclamante, que lo reglamentara todo, que se estableciera un control absoluto; hay que luchar contra los audaces; precisamente estas determinaciones le favorecen a usted. Usted cree que los alimentos debían llevarse a domicilio para evitarle al pueblo formar esas terribles colas. Ayer Ud. obtuvo sus recursos demasiado tarde. ¿Cree que los encargados del reparto están en mejor situación? Estos funcionarios, estos médicos, esta juventud que se han desparramado aquí, son del mejor material humano que tiene Chile; vienen a trabajar, no los guía ningún egoísmo; la mayoría ni siquiera ha querido entregar su nombre a la publicidad. Usted está — después del salvamento — sobre las ruinas de su casa, llorando tal vez a algún deudo; ellos no tienen deudos, nos los anima ninguna consideración sentimental; han venido por humanidad. Los médicos tienen una labor abrumadora, a cada minuto luchan con la muerte, se incardan del dolor ajeno, están sumergidos en el olor persistente de la pólvora, trabajando en algo muy delicado. Otros entierran a los muertos, tarea que me parece muy ingrata, y mientras unos tratan, con todas sus fuerzas, de salvar a los heridos, otros retiran las pestilencias de las siembras de la muerte, o mueven los escombros o entregan alimentos y abrigo, sin contar con los que conducen a toda la zona, a través de largos caminos, las provisiones. Tenga calma, señor; colóquese a la cola y espere. La vida es una larga espera y tiene muchas fases; usted vive una desesperada; sávela arosamente, ojalá en silencio.

Me acerco al sitio donde reparten azúcar, té, café y yerba mate. Un joven de la Milicia Socialista se encara con una viejecita cubierta de años, que acaso vió el "dise del sol"; aquel que duro

tanto y que obligó a acostarse en plena mañana a las gallinas, y el temblor grande que rajó la tierra y que no dejó piedra sobre piedra.

—¿Qué quiere usted, señora?

—Verba, señor.

—Aquí tiene, señora, yerba La Condesa, paraguaya legítima. A estas ancianas maderas que han criado hijos y nietos, dantes doble ración de yerba.

—¡Muchas gracias, señor; Dios se lo pague.

Otra mujer llega corriendo:

—¡Han llegado papas, papitas, gracias a Dios!

—Ahora parece que la carne está más gorda; ayer parecía muerta sola.

—Han salido durazos los porotos.

—¡Ay! En la otra cola hay un hombre careperro, que parece veneno. Como si él fuera el dueño de las cosas.

El comentario resbala sobre todos los detalles; los soldados escuchan y callan. Los muchachos de las juventudes políticas tienen menos paciencia; pero también se desquitan fumando cigarrillos.

Así se ha ido orientando poco a poco, entre protestas e injusticias, el reparto de víveres, de abrigo y la acción de los bisturíes. Pero no se crea que todo es calamidad; en la Plaza de la Victoria he visto a los carabineros aferrados a las muchachas, envueltos en un halo de idilio envidiable. Y también a otros que no son carabineros. Allí existen también mujeres dispuestas a ser esposas de guerra... en este caso, sí, m'cas.

A. ACEVEDO HERNANDEZ.